



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADEMICOS
CAJA	021
EXP.	077
DOC.	002
FOJAS	8-13
FECHA (S)	2004

*Mesa Redonda de Palenque Borrador
 Junio 2-5, 2004
 No sirve*

BF7CZIE77D2F8

**RE-VIVIR UNA CIUDAD:
LA ARQUITECTURA DE YAXCHILÁN**

Beatriz DE LA FUENTE
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

I. Vivir en el Ombligo Cósmico

Muchas son las manifestaciones culturales humanas que comunican, a través del tiempo y del espacio, los sentires y afanes de los antiguos creadores. Así, se cuenta con obras tan diversas y complejas como la alfarería, la escultura o la pintura mural. Pero sin lugar a dudas es la arquitectura la que mejor expresa cómo han vivido los hombres.

Y es que la arquitectura se vive, se transita, se habita día con día y de generación en generación. De las habitaciones a los corredores y patios, de los espacios cerrados a los abiertos, el ser humano ocupa un lugar y un tiempo definidos, se planta física y simbólicamente en el mundo. Explica al universo y la imagen que de él construye de acuerdo con las maneras en que dispone el sitio de vivienda y habitación. Tan es así que se ha mencionado, incontables veces, que la casa, el palacio, el templo y la ciudad reproducen, a diferentes escalas y con diversos materiales, los conceptos que el hombre se forja del universo: vive en el Ombligo del Cosmos.

Se entiende entonces por qué numerosos investigadores se han dedicado a estudiar la arquitectura mesoamericana. Los resultados han sido, a todas luces, diversos en la medida de los enfoques y de las épocas, si bien permea la búsqueda del significado ulterior de las construcciones. Así, por ejemplo, se han establecido paralelos entre los edificios y el entorno natural, y se habla de pirámides-montañas y templos-cuevas.

Sin entrar en semejantes comparaciones –de las que se puede concordar o disentir– nadie ignora el pródigo lenguaje arquitectónico y urbano que crearon los antiguos habitantes de Mesoamérica, todavía desconocido pese a los incontables análisis que ha merecido. No es inválido afirmar que, aun hoy, la arquitectura provoca asombro y desconcierto ante la gran cantidad y multivariada de sus formas y simbolismos.

Además antes dicho
 Amén de lo expresado, es conocimiento difundido que los mesoamericanos *diversos patrones o esquemas de plantas y* usaron plantas diversas, mampostería y piedras careadas para levantar y revestir *algas y* los muros de los edificios. En el caso de los pétreos, *o las muy tempranas de barro* se cubrían con estuco y pintura –monócromos o polícromos–, de modo que representaran fragmentos de la cosmovisión. Colores, esculturas y relieves enfatizaban, pues, significados y consolidaban cosmologías de las que la arquitectura *per se* ya daba cuenta. Así, se intuye que los edificios de piedra albergaban a dioses, poderosos nobles y gobernantes, mientras que los pajizos servían de habitación para los humildes campesinos y plebeyos.

Es asunto también sabido que la arquitectura prehispánica se conoce, principalmente, por medio de sus ejemplos pétreos e inclusive maquetas diversas. A cual más, se les sitúa dentro de distintos estilos, surgidos y desaparecidos durante toda la etapa prehispánica. Los enfoques al respecto han sido varios y abundantes, por lo común bajo la férula *el libro* de la arqueología y la arquitectura.

distintos
 No sobra traer a la memoria que los edificios se han clasificado según *distintos* variados criterios, junto con descripciones más o menos detalladas. Como dije, las más de las ocasiones los datos provienen del quehacer arqueológico. Gracias a ello se han reconstruido edificaciones y ciudades (sean ejemplo los dibujos de Tatiana Proskouriakoff); *sobre ciudades mayas* y de igual modo se han deducido formas de vida, como se aprecia en gran cantidad de obras escritas.

Empero pocas veces la arquitectura se trata de manera integral. Con ello quiero decir que en casi todas las ocasiones se le separa de las demás obras plásticas y se le disloca bajo el rubro "arte y arquitectura". También se ha dado énfasis a sus posibles significados, como resultado concreto y físico de la realidad ultraterrena, y se descuidan los aspectos y valores estéticos.

II. *Al todo por las partes*

No ocurre así con *La arquitectura de Yaxchilán*, libro que hoy se presenta. Su autor, Roberto García Moll, es un reconocido arqueólogo que nos lleva amablemente de la mano —a lo largo de 13 partes (incluidas la bibliografía y la lista de ilustraciones) que abarcan alrededor de 370 páginas— por los arduos caminos de la descripción arquitectónica y la interpretación. Además los riega con variadas reflexiones que enriquecen la lectura del nuevo libro. (Inclusive aclara qué hizo con los escombros y dónde quedaron, con el fin de evitar errores a futuros investigadores.)

Cabe señalar que es tarea difícil publicar una obra acerca de arquitectura en donde se detalle, con cuidado y en modo paulatino, una breve selección de 36 edificios de un total que sobrepasa con comodidad el centenar sólo en el área nuclear (aproximadamente 100 hectáreas) de Yaxchilán. García Moll triunfa sobre esa brevedad gracias a que incluye no sólo temas exclusivos de los edificios, como ubicación, intervenciones previas o estado de conservación. Asimismo incorpora algunos de los numerosos datos que obtuvo en excavación, más los nexos entre construcciones y monumentos labrados.

Se suman al recorrido abundantes ilustraciones: mapas, planos, vistas de alzados y cortes, y fotos (aunque hubiera sido deseable que algunas fuesen más grandes) que reiteran las palabras y sus conceptos. El todo resulta elocuente por cuanto ofrece un cabal panorama de la ciudad.

Vale la pena incidir en el peculiar acento que el autor imprimió a la parte central de su texto. Al lado de quienes le han precedido, junto a los hallazgos e ideas expresadas –suerte de revisión historiográfica desde 1833–, nuestro investigador y amigo hace descripciones puntillosas y las acompaña con ilustraciones pertinentes. No deja fuera el análisis de los sistemas constructivos a través de distintos factores: programas urbanos y arquitectónicos, materiales y sus cualidades, procedimientos técnicos y "logísticos".

Al cabo de las decenas de páginas dedicadas a tales asuntos, García Moll vierte en varios cuadros el resumen de los datos. Bosqueja así el panorama de Yaxchilán: producto de más de 400 años de actividad, el área central cuenta con más de 100 edificios que se distribuyen en tres grandes núcleos –la Gran Plaza, la Gran Acrópolis y la Pequeña Acrópolis– articulados por escalinatas, rampas, terrazas y plazas.

Acto seguido García Moll se enfrentó a la cronología del sitio. Desde luego el principal apoyo fue la cerámica, al cuidado de Sandra López Varela, quien definió cuatro complejos cerámicos (Yaxek, Yaxcab, Yaxkin y Yaxmuc) fechados entre 300 a.C. y 810 d.C. De igual modo, acudió a la epigrafía y le dio justo valor: sopesó las fechas que indican las 110 esculturas con inscripciones (de 514 a 808 d.C.) y redefinió la secuencia arquitectónica, como se observa en el Cuadro 13 (pág. 337). Estableció, pues, siete etapas constructivas, que van de antes de 238 a 849 d.C. y que poco a poco perfilaron los tres grandes núcleos de Yaxchilán, cuyo máximo fervor constructivo ocurrió desde los inicios del siglo VII d.C. Puso también de relieve las obras hidráulicas para evitar inundaciones y estableció las maneras como se alteró la orografía para que la ciudad creciera.

Roberto García Moll manifiesta en las muchas páginas de su libro una preocupación singular, la fundamenta y explaya hacia el final del libro. Se trata

de corroborar el papel y valor de Yaxchilán como ciudad, con todos los riesgos y virtudes que esto conlleva. Se apoya en diversos autores (Childe, Morley, Thompson, Andrews, Kubler) para concluir, atinadamente, que el hombre impone su orden e ideas sobre la naturaleza para crear espacios útiles y significativos, por medio de acciones meditadas y conscientes. Es, pues, la arquitectura, expresión cabal de una voluntad artística que expresa la intelectualización de las formas y su concreción en un estilo propio y una ciudad.

III. *La ciudad: ente vivo*

Éste es un libro largamente esperado y cuya espera valió la pena. En él se miran invertidos doce años yendo y viniendo por Yaxchilán y por varios derroteros que Roberto García Moll holló. Habla del rigor con que llevó a cabo sus exploraciones a partir de 1973 y la enorme cantidad de datos reunidos (cerámica, lítica, escultura, entierros y tumbas intactos). Y la información es tanta que ahora un libro se nos antoja poco...

Pero además nos enfrentamos a un parteaguas. Dice mucho: busca ser integral, como el proyecto originario; persigue estudiar y conservar. Extiende intereses desde la descripción general y los primeros informes a los problemas de conservación tanto de los restos culturales como de la selva que los cubre.

Y en los decires de García Moll brinca, inconfundible, una novedad dentro de los estudios sobre el pasado prehispánico en general y arquitectónico en particular. Al efectuar el análisis del desarrollo arquitectónico y urbano, García Moll establece que el sitio se originó, creció y se modificó gracias a "la modernidad" (pág. 329) de los mismos mayas constructores.

Fueron modernos al elegir el sitio donde fundar la ciudad, modernos al renovarla y extenderla hasta darle su forma final, apegados a planes coherentes pese a los años que mediaron. Modernos por cuanto la actual fisionomía de

Yaxchilán se ubica en sus últimos 120 años de vida y se debe a los tres grandes gobernantes: Escudo Jaguar I, Pájaro Jaguar IV y Escudo Jaguar II.

Así, Yaxchilán adquiere un nuevo esplendor, pues cuaja en el intento de Roberto García Moll por revivir una ciudad hace largo tiempo abandonada y en ruinas. Con ello se entiende de otra manera tanto a las construcciones como a quienes vivieron ahí. Esa "modernidad" invoca, en un acto de indudable sensibilidad del estudioso, la antigua condición humana de los restos que ahora son objeto de estudio.

Yaxchilán fue una compleja entidad y Roberto García Moll ha sabido adentrarse en ella a través del particular lenguaje arquitectónico. Ha vuelto de nuevo en presente un lejano acaecer. Lo ha transformado en letras y éstas se han convertido en páginas que, unidas, forman un libro que habla de los afanes de los antiguos señores de Yaxchilán. Y no sólo eso, sino también ha dado pautas para el actual entendimiento y comprensión de la vida urbana maya en la época Clásica.

A no dudar, la arquitectura y el urbanismo precolombinos obedecían al sabio orden de espacios abiertos y masas edificadas. Servían para que los habitantes se congregasen y llevaran a cabo sus numerosas actividades cotidianas y rituales. Y al cabo de la lectura del libro *La arquitectura de Yaxchilán* puedo aseverar que la vida tenía lugar en la calle, en la plaza, en el mercado, a la luz del Sol y con la caricia del aire y la lluvia en la cara, o con la tormenta en pleno. Así lo percibieron los antiguos habitantes de Yaxchilán y ahora lo descubre el moderno visitante y lector gracias a la pluma de Roberto García Moll.